

Medio	El Desconcierto
Fecha	17/05/2016
Mención	Las siete tesis de marks sobre chile: memorias crudas/irónicas. Mención a Esteban Valenzuela Van Treek, Facultad de Ciencias Sociales UAH.



Un hilo de la historia para entender la alocada, sincera, lúcida, cosmopolita e interpeladora (auto) biografía “nada de imaginaria” del “upeliento” crítico literario de El Mercurio, Camilo Marks: para graficar su excentricidad e histrionismo “comprometido (le interesa que los jóvenes aprendan y no se duerman en clases)”, el abogado y literato hace pedazos el programa de su curso a los estudiantes de periodismo de la USACH, haciendo volar el papel inutilizado por los aires. C. Marks quisiera decir como su homónimo C. Marx que la filosofía (el programa del curso) no sirven de nada si no transforman el mundo. El crítico recuerda que lo comparaban como Robin Williams y su famosa actuación de profesor choro-inspirador en la Sociedad de los Poetas Muertos”. En mi caso rememoré al hermano marista Jaime Jaúregui, hijo de un alcalde requeté-carlista de Navarra (luego traicionado por Franco), quien nos hacía responder dos horas un cuestionario de 120 preguntas y luego arrojaba las respuestas por la ventana. El “Loco Jaime” admiraba al escritor y filósofo francés del Vitalismo, Henry Bergson, quien en su libro La Risa, reivindicaba la ironía y el descolocamiento como manera de poder pensar, enseñar, escribir, vivir, única forma de que no se apagara el impulso vital. Camilo Marks reivindica la flema irónica y cínica inglesa, marcado por su exilio en Londres para devenir de abogado de los DDHH en un consumado crítico en Apsi, La Época, Qué Pasa y luego en el mismísimo Mercurio, fiel a su estilo culto, bien escrito y disparador sin llegar a la ofensa letal.

Su último libro “Indemne todos estos años” (Lumen, dic. 2015) es un antes y un después en las memorias chilenas. Deplora las redes sociales y la televisión, pero hace una verdadera autobiografía cruda, tan directa como un “reality show” en que se ve (dice) todo pero no alcanza

a verse “el “climax”. Se permite en el epílogo recatarse, aclarar lo inaclarable- que el texto tiene algo de novela e historias con nombres yuxtapuestos- tras 500 páginas que se leen como si fuera un dron con rayos láser que revolotea sobre la atmósfera y fotografía su realidad y de las verdades sobre Chile por siete décadas, desde su tierna infancia en San José del Maipo a sus años de profesor de periodismo cultural en la UDP. Sólo un ser desatado (des, la anti acción, el no estar atado) se permite escribir en primera persona para calificar a su padre de eterno irresponsable por huir una y otra vez en sus descalabros comerciales semi estafas obligando a la familia a la enésima mudanza, que tutea a su madre (Loreto Alonso, su musa en el horizonte), que erige a su amor platónico Marcos Secada (¿un ser imaginario como la niebla de la Bombal?) como el minón de su generación del INBA (Instituto Nacional Barros Arana), que cuenta como imprimía el boletín El Rebelde del MIR en el mismísimo Comité Pro Paz (luego Vicaría de la Solidaridad), que expresa su desprecio inicial por la narrativa chilena para culminar en una apologética selección de relatos de la generación del Siglo XXI, que cuenta sus crisis depresivas, secretos de diván (nada de alcoba), pero que al mismo tiempo es un amigo ejemplar, un profesor inspirador, un crítico requerido en Berlín , la (re) nueva capital de la cultura y el ocio, el tío amigable con los hijos de los amigos y sus alumnos, el amigo hasta la muerte de una docena de mujeres valerosas e inteligentes, desde sus colegas de la Vicaría como Carmen Hertz, la nobel Doris Lessing o la joven periodista rancagüina Verónica Soto, que lo motivó a llevar sus comentarios de libros en forma lúdica a la TV, donde Marks mostró sus dotes histriónicos que aprendió de las impostadas clases de literatura que le hizo otro rancagüino, Fernando Cuadra, en el INBA. Resalto esta provincialidad autoreferente porque Marks usa peyorativamente el adjetivo provincialismo y en especial se mofa de Rancagua dos veces en forma grave: en sus ejercicios de “hipótesis implausibles” sugiere sarcástico como ejemplo la residencia en Rancagua de la despampanante y racista Brigitte Bardot, y en otro “lapsus”, al contar los viajes a Chile de sus mentores europeos, lista con un dejo de desprecio el paso insustancial por Chillán, Curicó y “Rancagua”, a diferencia de la pintoresca Valparaíso. Lugares comunes imperdonables para un autor que en su positiva crítica a mi novela “Matilde Espera Carta de Alemania (Andes, 1994)”, festejó las citas textuales a algunos poemas de Oscar Castro, la descripción densa de Doñihue y la voz de otro de sus mentores, Humberto Duvachelle, interpretando la lírica melancólica del poeta rancagüino en para que no me olvides. Mi reclamo chovinista tiene algo de exageración; el también usa lo provinciano para referirse a la tosquedad de Santiago y regala en el texto una descripción notable de San José de Maipo de sanatorios y hospederías, casi como el Davos de los Alpes Suizos de su amado libro “La Montaña Mágica” de Thomas Mann.

Marks se queja al final de sus lectores y de los que escriben de él o le escriben; idiotas, interesados, picados por sus críticas, patudos que quieren consejos para sus tesis con detalle, citadores banales y muchos “que no me han leído, incluso los cercanos”. Yo lo he seguido sus críticas hace tres décadas desde sus comentarios en Apsi a fines de 1980s, pero sólo había leído su novela-tríptico “La Dictadura del Proletariado”, impactado por su abrir el mundo agresivo y sexópata, orgulloso y letrado de un internado de dos mil almas masculinas en tiempos de hormonas y revoluciones (el INBA en los 1960s). Pero no sólo eso, la otra historia en que ya menciona a Thasken, un lugar en el Asia Central- su hermano va ahora a Kasajastán-, haciendo gala de su erudicción y afán de mapear el mundo.

Pero todo esto es secundario. Marks es mezquino, debiera sólo escribir y dejar la crítica y la docencia- como lo hizo Saramago después de los cincuenta-, para completar las siete tesis inconclusas en sus magníficas 500 páginas yuxtapuestas. Faltan otras 1377.

1.- Chile de familias imperfectas: La vida en huida de una familia de emigrantes desordenados, caóticos, pero estimuladores. Nos dejó demasiadas preguntas y ganas de fisgonear en su saga familiar, su relación con el Padre irresponsable (que se recasa en Valdivia y lo va a esperar al aeropuerto a su regreso del exilio) y la madre bella, cercana y distante. Nos evoca la Historia de la Vida Privada en Chile que ha propiciado Cristián Gazmuri desde la academia, y más atrás, el propio Cautiverio Feliz de Francisco Núñez de Pineda y Bascañán (al detalle de la vida con mapuches en el siglo XVII) o la novela realista de Blest Gana en el siglo XIX, y para qué decir del criollismo social de Nicomedes Guzmán, Oscar Castro, Carlos Droguett en el siglo XX que se meten en la cocina y no sólo en el sindicato. Realismo de familias, menos cursi y decadente que Donoso, más brutal y divertido como lo regala Marks. Por momentos me recordó a unos de sus escritores preferidos, Philip Roth, quien se ensaña en sus libros con sus padres judíos, la violencia en su infancia en New Jersey, su cinismo matrimonial, la locura de su esposa, sus estafas y perversidades sexuales, sus miedos y su siquiatria.

2.- La UP como el socialismo libertario que casi fue: Marks se atreve a decir que no hay nada bien escrito, refugiado en rever la Batalla de Chile de Patricio Guzmán, que era perfectamente posible que Allende llegara al 76 con un modelo que funcionaba, democrático, alejado de las izquierdas autoritarias con fascismo rojo. Habla de su militancia cercana al MIR y algo lo hace dejar en la penumbra su tiempo cercano al MAPU, aunque una y otra vez destaca lo importante en su vida de una pareja de profesionales mapucistas: el abogado laboralista Luis Cova y la doctora Adriana Ducos.

3.- La brutalidad, desenfreno, estudio y amor en un Internado: es un tópico de la novela realista, un lugar casi común, el seminario aspiracional en que liberó de lo pueblerino Stendhal en "Rojo y Negro", pero donde se sufre. Camilo Marks cuenta mucho y nada, sugiere, deja demasiado a la imaginación del lector, se escabulle de lo vivido en su regimiento masculino, habla de los "otros". Por cierto, como dice mi esposa sicóloga; "sólo los estúpidos hablan todo lo que les pasa o piensan" (Alejandra Pallamar, para las citas académicas).

4.- El trabajo cotidiano en la Vicaría y la "santidad" de Silva Henríquez: los archivos del Cardenal ya han dado justicia a Silva Henríquez y Marks además valora lo obrado en esos años por la Iglesia Católica, apartándose de los juicios sesgados y estigmatizadores de todo lo "creyente". Al describir el tiempo de defensa de frentistas y lautaristas hacia el 1990, aporta a una historia poco conocida.

5.- Lo difícil de asumir en público la homosexualidad en Chile: Tras 500 páginas no se sabe nada de amorío alguno de Camilo Marks y "sus lectores" quedamos como loros en el alambre. De tanto mirar de reojo "El Sultán", y en la época de las películas alargadas por Netflix, al contar más de las sutilezas, los gustos, lo que fue y no fue, la manera de lidiar con dicha condición, queda del todo pendiente. Se traiciona en esto Marks, toma un tono de tratado y de tercera persona, se arranca. Este caballero sí que "no tiene memoria". Su ser insolente, que no quiere producir el más mínimo asomo de misericordia hacia los "discriminados", se vuelve una contención excesiva, casi de un ser aparentemente asexuado, un compadre o comadre de las adorables dueñas de la fuente de soda Munich en Vicuña Mackenna con San Isabel, que se nos presenta como el mejor refugio para conversar gracias a dos mujeres "solteronas", un paraíso de tertulia (provinciana) en la capital opaca y de nuevos barrios de vidrios y restaurantes pretenciosos con comidas escuetas... Hay en el capítulo sobre el niño que construye un chalet en la arena y en las referencias a la depresión, un enigma de ataduras que parecieran hablar de

una soledad monjil más allá de las redes de amigos (as), ex discípulos socios. Pero nadie sabe si la “melancolía” de Marks es también inhibición, desencanto y/o viudez. El literato no se desata, y el crítico escrupuloso se refugia en una imagen: “Marlene Dietrich fue el sexo como poder” en la loca Alemania del Weimar. A Marks le marca la música, la ópera, el teatro, la literatura y el sexo como des-poder.

6.- Los silencios de la transición y el sistema socio-político:

Alaba a Aylwin como el único por el cual no se arrepiente haber votado porque más allá de la desafortunada frase “justicia en la medida de lo posible” pidió ser investigando las violaciones DDHH, hizo verdad y reparación, indultó a la mayoría de los presos políticos y de “violencia”. Sin embargo, Marks no dice ni pío de los otros tres presidentes, aunque el en paneo general larga diatribas y muestra el abandono a la cultura, a la prensa opositora, incluyendo su propia indignación ante la quiebre del Diario La Época. Por otra parte hace una fundada defensa de la nueva generación- más democrática y menos discriminadora, más abierta y despierta- , pero sostiene que el modelo es un colapso sin ir más allá. Puede ser trivial “pedir más” a lo que no es ensayo, pero por momentos Marks se sube al púlpito y pontifica mostrando una pluma temible, como lo mejor de Octavio Paz en el Ogro Filatrópico.

7.- La ciudad ideal de los libros: Berlín, Londres, Buenos Aires... Santiago: la memoria de Camilo Marks es también una notable tesis que enseña a leer y viajar, que otorga autonomía al valor del texto, que rescata la libertad del cosmopolitismo y la erudición básica, aquella que redime a su Padre que le colocaba libros en la estantería familiar. El crítico se esmera en sugerir lecturas (Virginia Wolf, la Yourcenar, la última novela de Puig, a Doris Lessing, de quien fue amigo en Londres), pero lista a muchos desconocidos para este comentador de medio-conocimiento y otros inventados, como de la excéntrica Julia Millaray Resnik (la googlé y sólo encontré una doctora sobre educación de la Universidad de Jerusalén). Incluso detalla que leyó a Painter los días posteriores al golpe desde el departamento en Plaza Italia, el biógrafo de Marcel Prust (En búsqueda del tiempo perdido), su propia pena transfigurada en literatura, como la imagen del violenchelista sobre las ruinas de Saragevo. ¿Verdad o ficción? ¿Nos manipula el escritor que critica a sus lectores? ¿Nos está tirando papel picado por la ventana del catorce piso?

Lo que es verosímil es su descripción urbano-análisis de cuatro ciudades que marcan su vida y quedan en una prelación nítida: Berlín la fantástica y ordenadamente libertina; Londres multicultural y cínica; Buenos Aires cultural y teatrera (sus filas madrugadoras para ir al Teatro Colón); Santiago lacrimógeno y clasista.

Uf, el escritor es muy humano, como Ciro Alegría que se trató en uno de los hospitales de San José del Maipo cuando él era niño. Camilo Marks describe dos escenas en que se coloca terno: para ser uno de los jefes de ceremonia y portero en la Catedral en la despedida a la Vicaría de la Solidaridad, y su larguísima conversación con “Juan Pablo” Illanes, el director del Mercurio donde labora como crítico- diario que nunca ha pedido “perdón”. Por momentos se defiende en un eclecticismo apolítico (“no me importa la ideología del escritor”, lo que testimonia desde su redención a Borges, “lo que vale es el texto”) o en otras en forma iracundo aparece el izquierdista al cual le cortaron su utopía viva y lo dejaron como un huérfano eterno de política, el niño dañado de Lacan convertido en un escéptico de las decenas de causas menores por la cual le piden

colaboración (desde salvar a las ballenas a evitar nuevas olas de aumento de penalidades para llenar las cárceles de delincuentes pobres).

No es culpa de Marks la destrucción de la UP y de los medios progresistas en Chile en forma masiva, además colaboró en Rocinante y escribe en el blog de Cooperativa. En el epílogo el libro da valor a la “nueva economía solidaria”, que en su caso se traduce en un emprendimiento social cultural con jóvenes periodistas con quienes creó una editorial que valora lo que él despreciaba a inicios de su oficio de crítico: comentar y promover la narrativa chilena. En esto hay algo de despedida en su tono de legado, pero como él mismo se encarga de repetir sobre su buena salud a pesar de una infancia de atropellos, ahogos y lesiones, es probable que llegue a los cien años y que la memoria nada de imaginaria de Camilo Marks Alonso, nos revele, desvele y deleite incluso a los que como él, convivimos en nuestras tribus familiares con no pocas dosis de antidepresivos y lecturas hasta la hora de los temblores.